



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
affectio@antares.udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2011

Juan Felipe Gómez Montoya

LA RE-PRESENTACIÓN, UN PRODUCTO DE LA EXPERIENCIA SENSIBLE CON EL
MUNDO DEL LENGUAJE

Revista Affectio Societatis, Vol. 8, N° 15, diciembre de 2011

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

LA RE-PRESENTACIÓN, UN PRODUCTO DE LA EXPERIENCIA SENSIBLE CON EL MUNDO DEL LENGUAJE

Juan Felipe Gómez Montoya¹

Resumen

El tema de la representación está atravesado por la perspectiva estética contemporánea. Dicha perspectiva, que tiene sus fundamentos teóricos en Kant, enseña que la representación designa la relación de la sensibilidad con la conciencia, pues el sujeto sólo percibe lo que él mismo ha creado en el momento de la mediación, a saber, cuando confronta su realidad interior con el mundo exterior. Ahora bien, la apuesta del presente texto es mostrar que en el campo del psicoanálisis freudiano: la concepción de la representación, que está influenciada por los presupuestos kantianos y nietzscheanos, comporta la transposición de la excitación nerviosa a la imagen lingüística, lo cual es propiamente un proceso del aparato psíquico, es decir, un trabajo del pensamiento inconsciente.

Palabras clave: representación, experiencia sensible, lenguaje, mediación, transposición, excitación nerviosa, imagen lingüística.

THE RE-PRESENTATION, A SENSIBLE EXPERIENCE PRODUCT WITH THE LANGUAGE'S WORLD

Summary

The subject of the representation is crossed by the contemporary aesthetic perspective. Said perspective, has its theoretical fundamentals on Kant, teaches that the representation designates

the relationship between sensitivity and conscience, since the subject perceives what he/she-self has created only at mediation moment, namely, when he/she confronts his/her internal reality with the external world. Now then, the bet of the present text is to show that in the field of Freudian psychoanalysis, the conception of the representation that is influenced by the so-called Kantians and Nietzscheans, involves the transposition from nervous excitation to the linguistic image, what is exactly a process of the psychical system, which means, a work of the unconscious thought.

Keywords: representation, sensitive experience, language, mediation, transposition, nervous excitation, linguistic image.

LA RE-PRESENTATION, UN PRODUIT DE L'EXPERIENCE SENSIBLE AVEC LE MONDE DU LANGAGE

Résumé

Le sujet de la représentation est traversé par la perspective esthétique contemporaine. Cette perspective, qui a ses bases théoriques en Kant, apprend que la représentation indique le rapport de la sensibilité avec la conscience, car le sujet perçoit seulement ce qu'il a lui-même créé au moment de la médiation, à savoir, quand il fait face à sa réalité intérieure avec le monde extérieur. Or, le pari de ce texte-ci est de montrer que dans le domaine de la psychanalyse freudienne la conception de la représentation - influencée par les présumées de Kant et Nietzsche- implique la transposition de l'excitation nerveuse à l'image linguistique, ce qui est proprement dit, un processus de l'appareil psychique, c'es-à-dire, un travail de la pensée inconsciente.

Mots-clés : représentation, expérience sensible, langage, médiation, transposition, excitation nerveuse, image linguistique.

Recibido: 06/05/11 Evaluado: 15/07/11
Aprobado: 28/07/11

¹ Estudiante de Filosofía del séptimo nivel de la Universidad de Antioquia.
fmontoya311@gmail.com

El mundo nos parece lógico, porque primero nosotros lo hemos logificado.
Nietzsche, *Nihilismo: Escritos póstumos*.

Pensar es representar, relación de representación con lo representado (idea como perceptio).
Heidegger, *Sendas perdidas*.

El concepto de *lógica trascendental*² proviene de la *revolución copernicana* emprendida por Kant. Ahí, el sujeto y su consciencia se convierten en el centro y el medio de la relación con el conocimiento del objeto. Esta revolución pone de manifiesto al sujeto, pues lo rescata de su indistinción originaria con el objeto. Según una formulación de Theodor Adorno, a la *revolución copernicana* llevada a cabo por Kant se le debe hacer una inversión que reconozca la primacía del objeto, pero que al mismo tiempo supere y conserve aquella subjetividad. Ésta es

[...] una actividad igualmente objetiva sobre el objeto mismo, pues se entrega por entero a la labor mediadora. Y es precisamente la mediación la que no permite que se contraponga el pensar y el ser, el sujeto y el objeto, como lo cognoscente y lo conocido. Es, en el plano teórico, la superación especialmente precisa de esta inmediatez, de este punto de vista y este estado todavía dualista. Y los cambios del objeto, que como Hegel advierte constantemente, van siempre acompañando a los cambios de la consciencia, los cuales culminan precisamente en esta mediación que se hace teóricamente consciente, es decir, que alcanza su suprema etapa teórica (Bloch, 1983: p. 80).

Cabe recordar en este momento la siguiente proposición de Kant: 'la *cosa-en-sí* es incognoscible'. Esta proposición sirve para manifestar que la *cosa-en-sí* sólo se vuelve objeto cuando la consciencia le otorga cualidades. Dicho de otro modo: si se tiene como base el concepto kantiano de *lógica trascendental*, es necesario decir que la *cosa-en-sí* se convierte en objeto cuando la consciencia del sujeto se relaciona con ella, la trata de aprehender y de nombrarla. Aquella 'cosa', para mayor claridad, puede concebirse como el concepto de *cosa* heideggeriana: la que es inasequible para la consciencia, porque se encuentra excluida del lenguaje humano. Es más, aquella 'cosa' no puede estar en el pensamiento, porque no tiene una representación válida dentro de la consciencia subjetiva. Es decir, a la consciencia se le escapa la cosa porque ésta no está inscrita en el campo imaginario; porque la cosa no tiene su agencia representante, su representación representante, su huella mnémica, su registro dentro del lenguaje. Éste es el que permite que los objetos no-visibles, los no-representados por la consciencia, esto es, las cosas, existan para el sujeto a manera de representación.

² En el apartado de *La estética trascendental*, Kant define el concepto de *lógica trascendental* como "la ciencia de todos los principios del pensar puro" (*Crítica de la razón pura*, B 36).

Pues bien, los recuerdos, las ocurrencias, los sueños, los actos fallidos, entre otros, afloran en el mundo psíquico a modo de representación. Ésta trata de reencontrarse con lo que en algún momento fue percibido. Así se fundamenta la representación psíquica para un sujeto: la repetición de las primeras vivencias percibidas sensiblemente. Por lo tanto, la representación lleva en sí el sello de lo que causa al sujeto.

Es necesario tener en cuenta que, al ser las ocurrencias meramente descriptivas, se manifiestan como representaciones psíquicas, esto es, como símbolos de los sueños, chistes, síntomas, entre otros, los cuales provienen del inconsciente, hasta hacerse capaces de consciencia. Así es como se llega a pensar que las formaciones del inconsciente, al presentarse en la consciencia, dan cuenta de que el inconsciente habla a modo de sinsentidos. Aquellas formaciones tratan de mostrar lo que en el inconsciente mismo opera y lo acciona. Por tanto, la vida psíquica de un sujeto tiene sus bases en lo inconsciente. Y lo devenido psíquico inconsciente del sujeto se resuelve en la consciencia en forma descriptiva. Esta forma indica que el inconsciente posee un saber y como tal se resuelve por la vía de las formaciones que él mismo produce. Por consiguiente, ellas se presentan en la consciencia como representaciones. En efecto, se puede decir que el inconsciente es desde donde lo ve la consciencia.

Cabe citar una pregunta que Freud se hace al inicio de su texto “Lo inconsciente” (1915); y ante ello su respuesta: “¿De qué modo podemos llegar a conocer lo inconsciente? Desde luego, lo conocemos sólo como consciente, después que ha experimentado una trasposición o traducción a lo consciente” (1915e/1998: p. 161).

El inconsciente sólo se describe en palabras, pues sólo se tiene noticia de él a través de lo que se presenta en lo consciente, a saber, como descripción conceptual. Esto es, el inconsciente es desde donde lo ve la consciencia, como un fenómeno que se describe como dinámico, calificable y objetivable; lo cual lleva a especular de lo inconsciente, por los sinsentidos que éste arroja a la consciencia, a modo de síntomas, actos fallidos, entre otros.

Además, se debe tener presente que lo no-realizado no es solamente lo no-consciente. Y explicar el inconsciente por medio de lo no-consciente es realmente no decir nada de él, porque, como bien Freud lo indica: “[...] el psicoanálisis nos advierte que no hemos de sustituir el proceso psíquico inconsciente, que es el objeto de la consciencia, por la percepción que ésta

hace de él” (1915e/1998: p. 167). De hecho, lo inconsciente se da a sí mismo para que se le interprete. Este darse inconsciente no se alcanza a procurar en el sentido. Él ni siquiera se tramita del todo en la consciencia, ya que ésta no percibe todo lo que ocurre en lo inconsciente. Es más, el sentido es sólo una mínima parte que justifica la presencia y la existencia del sinsentido. Dicho de otro modo: el sentido se re-presenta en la ausencia del sinsentido. Es en esta paradoja donde se crean los sentidos producidos por el sujeto de la experiencia.

Freud presenta un ejemplo claro de un sinsentido propio de un sujeto en análisis: “[...] Ahora usted pensará que quiero decir algo ofensivo, pero realmente no tengo ese propósito” (1925h/1979: p. 253). Para Freud, esto es “[...] el rechazo, por proyección, de una ocurrencia que acaba de aflorar” (ibídem). Este tipo de ocurrencias, que llevan en sí el sentido de la negación, permiten reflexionar sobre lo reprimido inconsciente. Y cuando una representación psíquica se ha dejado negar es porque la represión misma se ha cancelado. Ello lo indica el paso de lo reprimido a la consciencia, donde, como se dijo, la represión no opera y, por tanto, lo reprimido no se acepta. Esto es lo que Freud denomina: ‘el rechazo por proyección’. Un modo que cumple la función de liberar el pensamiento de las prohibiciones. Esta suerte de alivio es utilizado por el inconsciente para su satisfacción. Claro está que eso se da con la ayuda del yo coherente, en tanto que se sustituye la represión por el contenido intelectual, el juicio adverso. Todo ello es para restaurar lo positivo de lo negativo, es decir, liberar del pensamiento las cargas de tensión. Esto significa que en el principio de negación se contienen los sinsentidos como positivos.

Con Freud se puede formular que la representación, en términos generales, es análoga a la proyección, ya que es una construcción secundaria de orden subjetivo. Por eso se dice que, desde el campo del pensamiento, es un re-presentar, un volver a presentar en la realidad psíquica lo que otrora fue percibido sensiblemente. Así, pues, el sujeto siempre está en la búsqueda de reproducir con fidelidad la primera vivencia de satisfacción.³ Esa actividad del

³ Este momento apunta a las primeras vivencias del ser humano. Por ejemplo, el momento en que el niño se desprende del seno de su madre. En esta relación erótica, la madre cumple el papel de modular la imagen del objeto real. Ella aparece y desaparece. Ella es la imagen del objeto amado por el niño, lo cual luego se establece como objeto alucinado y objeto erótico perdido. Esto va propiamente por el camino de la huella mnémica, la cual, en primera instancia, se desprende del objeto real, es decir, la madre. Ella queda en juego como imagen para el niño a tal punto que él termina por fantasear el seno de la misma. Por ello, la madre es el primer modelo fundamental del amor para el niño, porque ella, al ser una función y un lugar, también es una forma de amor. Un amor en tanto conjugación de la demanda pulsional y del deseo de las pulsiones yoicas. En efecto, la madre, al ser demandada

sujeto es una función espacio-temporal, en tanto que, en la reproducción de la representación, se produce una pérdida y una modificación de la realidad.

La representación nace de la necesidad interna del sujeto, que luego termina por proyectarse al mundo exterior, es decir, la representación surge de la realidad psíquica, del conocimiento interior que se proyecta anticipadamente al mundo exterior; y luego, el conocimiento se recobra como nuevo conocimiento a manera de imágenes, las cuales se anudan a otras que se encuentran en el ámbito del inconsciente. Ahí es donde se halla la representación-cosa. Ésta consiste “[...] en la investidura, si no de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas, derivadas de ella” (Freud, 1915e/1998: p. 198). Claro está que dichas imágenes provienen de lo que nuestra consciencia percibe, las cuales se reproducen y se mezclan con otras imágenes, sin importar la presencia o la ausencia, el ahí y ahora de los objetos exteriores. “Dicho de otro modo lo que proyectamos es nuestro conocimiento de la coexistencia de la percepción y el recuerdo, o, generalizando, de la existencia de procesos psíquicos inconscientes, a más de los conscientes” (Freud, 1913/1972: p. 1806). Así, pues, con lo aprendido de Freud, se puede proponer que todas estas representaciones, que se suponen que vienen del mundo exterior, provienen realmente del mundo interno, el psíquico. Por tanto, es de aquí de donde surgen todas las ideas de la realidad, las cuales terminan por trasladarse al mundo objetivo, a la realidad efectiva y concreta. Luego, ellas retornan a la vida psíquica.

Pero de tal mecanismo de sustitución se logra poner en escena la proyección de las ideas en el mundo exterior, es decir, la realidad del sujeto es construida a partir de proyecciones que van de adentro hacia afuera. Por eso se formula que

[...] lo que así proyectamos en la realidad exterior no puede ser sino nuestro conocimiento de que junto a un estado en el que una cosa es percibida por los sentidos y la conciencia, esto es, junto a un estado en el que una cosa dada se halla presente, existe otro en el que esta misma cosa no es sino latente, aunque susceptible de volver a hacerse presente (Freud, 1913/1972: p. 1806).

Esto indica que la fuente de donde brotan las fantasías, los delirios, etc., es de una vivencia interna, a saber, de un pensamiento inconsciente. Tales formaciones se instauran a partir de modificaciones del material interno psíquico percibido de la realidad exterior. Este principio de

por la pulsión sexual del niño, se convierte en el Otro que tiene el objeto, el objeto de deseo. Así, pues, ella ingresa por la vía del objeto en tanto sexual. Ella constituye en el niño, luego del narcisismo, el amor objetal y la primera vivencia de satisfacción.

realidad, como bien lo llama Freud en “Los dos principios del funcionamiento mental” (1911),⁴ es relevante porque se establece sin importar si lo desagradable aparece en la realidad psíquica como agradable. Así, cuando se pone lo representado en el mundo exterior, al mismo tiempo se devuelve tal cual fue proyectado por el psiquismo. O como Kant dice en la *Crítica de la razón pura*: “[...] sólo conocemos a priori de las cosas lo que nosotros mismos ponemos en ellas” (B XVIII). Por tanto, se aprehende de los objetos el conocimiento, no el que el objeto da, sino el que el psiquismo le ha atribuido anticipadamente. Este retorno, o mejor, esta re-presentación, primero, surgida en lo interno por medio de la percepción; luego, puesta en el mundo exterior; y por último, devuelta a donde nació, es producida por el mecanismo de represión. Este mecanismo de defensa del ‘yo’ es el que logra desfigurar y transformar los contenidos del pensamiento, hasta el punto de “[...] tratar los estímulos displacientes internos como si fueran externos, agregándolos, por tanto, al mundo exterior” (Freud, 1911b/1972: p. 1639).

Pues bien, “llamamos cierta (recta) la representación que se rige por su objeto. Desde hace mucho tiempo esta rectitud de la representación se equipara con la verdad, es decir, se define la esencia de la verdad por la rectitud de la representación” (Heidegger, 2008: p. 32). Así es como ésta termina por asumirse como objetivante, en tanto que va por el camino de reunir en la realidad los objetos primigenios y constitucionales para un sujeto: los objetos perdidos. El sujeto toma su mundo exterior como un depósito donde caen sus objetos perdidos. Allí es donde el sujeto los busca. Es más, esos objetos son los que el sujeto cree poder aprehender del afuera, de su mundo exterior.

Aquellos objetos perdidos, al quedar como la sustancia viva de la *cosa-en-sí*, sólo son perceptibles como imagen. Es lo mismo decir que ésta, al ser percibida por los sentidos, indica que es una imagen, no de la *cosa-en-sí* sino del objeto real. Este proceso puede asumirse en un sentido similar a como Nietzsche lo enuncia en su texto *Introducción teórica sobre la verdad y la mentira en el sentido extramoral*:⁵

La ‘cosa en sí’ (ésta sería justamente la verdad pura y sin consecuencias) es completamente inasequible incluso para quien da forma al lenguaje y, desde luego, no merece en absoluto los esfuerzos que se hagan por ella. El creador del lenguaje se limita a denominar las relaciones de las cosas para con los hombres y para expresarlas acude a las metáforas más audaces. Primero

⁴ Aquí se hace referencia a la traducción directa del alemán de Luis López Ballesteros.

⁵ Trabajo original publicado en 1873.

transponer una excitación nerviosa a una imagen: primera metáfora. Nueva transformación de la imagen en un sonido articulado: segunda metáfora (2000: p. 89).

La transposición y la transformación de la imagen sirven para dar cuenta del sentido que Freud trabaja en su texto "La afasia" (1891), que bien puede tomarse análogamente a la formulación nietzscheana de *la primera y la segunda metáfora*. Aquí se debe poner el interés en la apropiación del sentido nietzscheano, es decir, servirse de éste para poder comprender el sentido freudiano: el paso de la *cosa-en-sí* a objeto. Luego, este movimiento se resuelve en la consciencia hasta que logra convertirse en lo que se denomina la imagen de la imagen del objeto real, o como Freud designa: *el representante de la representación*, donde el objeto es puesto en el mundo del lenguaje, de las imágenes, las apariencias, las representaciones, con las cualidades dadas por el sujeto.

Si se tiene en cuenta lo anterior, se puede desarrollar con mayor facilidad la propuesta freudiana, la cual consiste en que lo más cercano que el sujeto puede estar del objeto, o mejor, la experiencia más consciente que el sujeto mismo puede realizar a la hora de percibir una parte de la sustancia viva del objeto: la excitación nerviosa, es la forma material de la cantidad. Pero, no se debe olvidar que es una forma que siempre hace referencia a la imagen del objeto. Pues, como Kant manifiesta: "[...] sólo tengo consciencia inmediata de lo que está en mí, es decir, de mi *representación* de las cosas externas" (*Crítica de la razón pura*, B XL). Y que al ser cuantificables por medio de los propios sentidos, al resolverse por la vía de la experiencia sensible y la excitación nerviosa, provoca a su vez una serie de traumas que dan cuenta de la realidad psíquica del 'sujeto de la experiencia'.

Ahora bien, dichas formas se denominan formas del estímulo. Ellas se manifiestan como exógenas y endógenas. Estos pares antitéticos, además de nombrarse como formas, se pueden enunciar como dos acciones: la exógena y la endógena. La primera tiene como principal característica: ser un proceso autónomo que se da al interior del organismo, cuyo interés radica en buscar siempre la adecuada adaptación, hasta lograrla. Es decir, la cantidad del objeto real, o mejor, la cantidad de la imagen de la imagen del objeto real dada y representada en el psiquismo tiene una finalidad: llegar siempre a cero. De hecho, esa es su meta, debe reducir y agotar la cantidad hasta alcanzar la debida adaptación. Una adaptación que se resuelve por la vía de la

fuga motriz.⁶ Esta acción da cuenta de que el mecanismo psíquico, luego de haber sido estimulado desde el exterior, logra su fin: la descarga. En este proceso psíquico es importante la dirección de los vectores, pues ellos van de afuera hacia afuera.⁷ Sin embargo, hay que tener en cuenta que cuando se habla de afuera hacia afuera se alude a que el afuera se encuentra dentro del propio aparato psíquico. Por tanto, éste es el punto de referencia, el cual le da sentido a dicha formulación.

La segunda acción: la endógena, es evidentemente distinta de la anterior acción. Ésta presentifica la cantidad que viene del interior del mecanismo psíquico. Sin embargo, y aquí el gran aporte de Freud, la dirección de los vectores de la cantidad van de adentro hacia adentro, lo cual significa que a la hora de hablar de estímulos se apunta a que éstos son diferentes para el mecanismo psíquico, ya que su propia meta es no ser autónoma, es decir, no se resuelve por la vía concreta de la adaptación. Cosa que sí sucede en la acción exógena. Así, pues, a la acción endógena se le define como una acción no autónoma, puesto que su cantidad no se descarga del todo. Siempre queda una parte de la cantidad como una fuerza constante que necesita ser descargada. Sólo se produce la debida descarga cuando se da una transformación adecuada de la fuente del estímulo interno. La complejidad de esto radica en que las fuentes, al ser también constantes, son modificadas por el Otro, esto es, el otro en tanto lenguaje. Éste es el que instaura la falta y, a su vez, el que no permite que la cantidad pueda ser desalojada del psiquismo con facilidad.

Pues bien, cuando uno se sirve del lenguaje en la consciencia para poder representar los objetos, él no permite desalojar todos los montos de afecto, toda la excitación psíquica que se genera en las experiencias mismas, en los eventos reales. Aquí surge la gran diferencia con los actos exógenos, o mejor, con los estímulos fisiológicos, ya que éstos, además de ser momentáneos y no constantes, permiten la fuga instantánea de la cantidad. En otras palabras: al

⁶ "A la motricidad le corresponde en último término la función de reglar para el organismo el nivel de tensión soportable, homeostática. Pero la homeostasis del aparato nervioso, lugar de una regulación autónoma, es distinta, con toda la discordancia que puede esto entrañar para la homeostasis general, por ejemplo, la que pone en juego el equilibrio de los humores. El equilibrio de los humores interviene, pero como orden de estimulación proveniente del interior. Es realmente así como se expresa Freud – hay estímulos que provienen del interior del organismo nervioso y a los que compara con los estímulos externos" (Lacan, 2003: p. 75).

⁷ Hablar del afuera-afuera dentro del aparato psíquico es designar lo que Lacan nombra en su texto *La ética del psicoanálisis* como un "interior excluido". "Se trata de ese interior excluido que, para retomar los términos mismos del *Entwurf*, está de este modo excluido en el interior. ¿En el interior de qué? De algo que se articula, muy precisamente en ese momento, como el *Real-Ich* que quiere decir entonces lo real último de la organización psíquica, real concebido hipotético, en el sentido en que es supuesto necesariamente *Lust-Ich*" (2003: p. 126).

recibir un estímulo exterior, por necesidad y autonomía, la cantidad surgida en la experiencia misma se resuelve con facilidad por la vía de la satisfacción. Cosa contraria sucede con el acto endógeno, éste al poseer una fuerza constante, al no poderse descargar con facilidad, indica que su fuente también está en constante modificación. Esto gira en torno a la falta del ser que, como bien se manifestó, la ha instaurado el lenguaje. Éste es el que hace cambiar continuamente las imágenes de las imágenes de los objetos reales en el aparato psíquico. Dicho de otro modo: el lenguaje, al estimular la consciencia con representaciones que provienen de los objetos, alcanza en cierta medida a obturar la falta. Por esto es importante la dirección de los vectores del acto endógeno, los cuales van de adentro hacia adentro. Y no dejan lugar para la fuga de la totalidad de las excitaciones. En efecto, éstas quedan dentro del psiquismo, vale decir dentro de la consciencia, como estímulos no resueltos. De todos modos, ellos procuran, por su propia necesidad, alcanzar a tramitarse. En este caso, la mejor solución que pueden realizar es resolverse por medio de la falta, ya que ésta es la que corrige la incapacidad psíquica del sujeto, por no poder descargar adecuadamente las excitaciones surgidas de las experiencias mismas.

Las experiencias primigenias: las sobre-excitantes, son un punto de corte para el sujeto, en tanto que son las que lo marcan para toda su vida, hasta el punto que ahí es desde donde se comienza a configurar su propia verdad. Y es en las fases posteriores del mismo sujeto cuando ésta, además de constituirse, comienza a manifestarse ya sea a modo de negación. Esta negación es para un sujeto un acto que designa sus acciones endógenas, las cuales, al instaurarse como huellas mnémicas, son desfiguradas por el mecanismo de represión.

Hay que aclarar que a la base de la negación, desde el punto de vista del proceso intelectual, sólo se habla de una aceptación de lo reprimido cuando el contenido de éste se deja negar en la consciencia por el juicio adversativo. Así, pues, éste se presenta como sustituto del mecanismo de represión.

Ahora bien, con Freud se puede decir que a raíz del contenido propio de las representaciones psíquicas inconscientes se produce una distinción fundamental entre el proceso afectivo y la función intelectual, donde lo que se reprime es el contenido propio que surge del proceso afectivo, mas no el contenido que se da en la función intelectual, en tanto que ésta opta por aceptar el contenido que ha sido capaz de consciencia, es decir, lo que ha acaecido de lo

reprimido y no ha sido cancelado totalmente por el proceso de la represión. Cosa contraria sucede con el contenido afectivo, el cual es alcanzado por la represión y, por tanto, queda reprimido totalmente en la negación. Así, pues, este tipo de afecto se traduce como un 'No'. En efecto,

[...] el *No* que se escucha del paciente tras exponer por primera vez a su percepción consciente los pensamientos reprimidos no hace sino ratificar la represión y su carácter terminante; mide su intensidad, por así decir. Si uno no entiende ese *No* como la expresión de un juicio imparcial, del cual por cierto el enfermo es incapaz, sino que lo pasa por alto y prosigue el trabajo, enseguida se obtienen las primeras pruebas de que *No* en estos casos significa el deseado *Sí* (Freud, 1905e/2000: p. 52).

Por su parte, la incapacidad consciente del paciente se ve reflejada en lo siguiente: "Usted pregunta quién puede ser la persona del sueño. Mi madre no es" (Freud, 1925h/1979: p. 253). Ahí se puede dilucidar que en el decir de un sujeto lo que lo causa psíquicamente son las representaciones inconscientes. Dichas representaciones se encuentran escindidas. Tal división se establece en la vida psíquica del sujeto desde el momento mismo en que se presentan las primeras vivencias sobre-excitantes y estimulantes, las cuales dejan en él (el sujeto) huellas mnémicas constitutivas. Estas primeras huellas son las que causan lo psíquico del sujeto, ya que se constituyen desde el momento mismo en que se produce el punto de encuentro y al mismo tiempo el punto de la separación. A partir de esta modulación, la huella mnémica cobra vida, puesto que en la vivencia misma se produce un exceso y/o un defecto de las cargas afectivas. Esto es, para citar un caso constitutivo del sujeto, donde el infante tiene el primer encuentro con el seno de su madre y a su vez donde él mismo siente su separación enajenante con dicho objeto primigenio. Así pues, es más correcto decir que los objetos constitucionales, en una primera instancia, surgen de su realidad exterior; y luego del primer encuentro, ellos se instauran como huella en el inconsciente. Todo ello es debido a la separación. Pues con ésta y con la falta —la alienación— es que el sujeto se causa psíquicamente. A través de la separación y la falta, el sujeto mismo compara, relaciona y adecúa su realidad interior con la realidad exterior. El sujeto siempre está en la búsqueda incesante de la huella mnémica del momento primordial, el real y constitucional; siempre busca reencontrarse con el primer objeto perdido, o mejor, con el que nunca existió: el objeto de la satisfacción y del deseo.

Por tanto, el lenguaje, por la vía de la falta, es el que instala al ser como sujeto. De hecho, el lenguaje es el que trata de obturar la falta, puesto que es el medio más rápido para alcanzar la

satisfacción del sujeto deseante. El lenguaje es el que instaura el objeto real en tanto lo impone como imagen de su imagen en la consciencia 'percipiente'. El lenguaje quiere devorar la experiencia hasta convertirla en síntesis conceptual. Este principio dialéctico radica en que todo lo que existe tendencialmente en la consciencia son los conceptos. Pues uno identifica las cosas por medio de la consciencia. Se necesita del concepto para poder identificarlas. Uno piensa en las cosas a partir de los conceptos, es decir, uno se sirve de ellos en la consciencia para conocer, comprender y representar las cosas. Los conceptos son el principio identificador. Por tanto, uno identifica las cosas con conceptos. Sin embargo, el momento consciente de la experiencia de las cosas enseña que el concepto es un medio para lograr aprehenderlas. Además, en ese proceso se asimila que los conceptos no abarcan las cosas en su totalidad, ya que ellas están del lado de lo singular; y aquéllos (los conceptos) del lado de lo universal. En efecto, las cosas y los conceptos son diferentes. Esto significa que entre concepto y cosa no hay identidad. Pues, como Nietzsche indica: "todos los conceptos surgen por igualación de lo desigual" (Nietzsche, 2000: p. 90), es decir, el concepto nace cuando él mismo se equipara con su contrario o sus contrarios, lo cual implica que el concepto tiene la posibilidad de subsumir el sentido de la contradicción. Y es en la unidad de los momentos contradictorios donde surge la diferencia. Por ello, en el momento unificador de la consciencia se presenta equivocidad, arbitrariedad, ambigüedad, puesto que la unidad misma contiene la contradicción, el concepto negativo. Así, pues, no se habla del principio de identificación, sino del principio de diferenciación. Este principio ayuda a comprender las diferencias y a su vez a reflexionar sobre las contradicciones que se presentan en el lenguaje. Dicho principio permite pensar lo no conceptual a partir del concepto. "En el marco de un concepto formado se reproducen oposiciones que sólo podrían pensarse entre un concepto existente en el lenguaje y algo que se le opone desde fuera" (Adorno, 1977: p. 53). En efecto, el lenguaje se expresa como la unidad reconciliadora entre el adentro en tanto subjetivo y el afuera en tanto lo real del aparato psíquico del sujeto.

Cabe preguntar: ¿por qué se ha hecho referencia al principio de identidad y de diferenciación? Pues bien, para indicar que en el inconsciente visto desde la consciencia opera el principio de identidad. De hecho, tal y como Freud presenta en su texto "Sobre el sentido antitético de las

palabras primitivas” (1910),⁸ la unidad que se constituye en el trabajo del sueño acoge la contradicción, vale decir los elementos opuestos como idénticos entre sí, es decir, el ‘No’ y el ‘Sí’ se corresponden y se correlacionan de un modo negativo o positivo. La similitud dentro del contenido del sueño se da en virtud de que los elementos opuestos no están en total independencia ni se distinguen, sino que se consideran indistintamente. La indistinción está contenida en la unidad onírica a manera de que ésta retiene el significado de una palabra y al mismo tiempo el significado de su opuesta. En dicha unidad, el ‘No’ y el ‘Sí’ se encuentran indeterminados, ya que están en una relación recíproca. Dicho de otro modo: en la unidad onírica existen simultáneamente las propiedades de una cosa y las de su contraria. Esto significa que, como Freud formula: “[...] una cosa en el sueño puede significar su contraria” (1910e/1979: p. 147). Pues bien, en la unidad onírica se presentan múltiples concomitancias e indeterminaciones que se establecen recíprocamente como el significado propio de lo uno y el significado propio de lo otro, como contrapartes que están plenamente indistintas. Esto se halla en la unidad onírica, a saber, en el contenido inconsciente.

En cambio, lo que respecta al tema de la unidad de la consciencia, ésta acoge la dialéctica de la identidad y la diferenciación. Eso se ve claramente en el paso de lo uno a lo otro, en los sinónimos y antónimos, es decir, en el hecho de que el contenido de una palabra tiene la posibilidad de referirse al significado de su opuesta. En ese momento de designación de lo uno o lo otro, ambos logran compartir atributos y sentidos entre sí, lo cual implica que cada palabra antitética puede estar en comienzo por fuera de sí, pero al darse el movimiento hacia el encuentro con su ser otro, con su opuesto, se retiene una parte de su significado. Esta parte pertenece a ambos extremos. Esto es, la unidad de sentido es compartida en la relación recíproca del significado de lo uno con el significado de su contraparte. Y esta contraparte es para su opuesta la que le permite cobrar un único sentido. Ahí está el inicio de la superación de la bivocidad, del doble sentido antitético de la palabra. En efecto, el resultado de dicha superación es que el significado de una palabra también le pertenece a su antónima. Y esta otra palabra designa el significado de su opuesta. Ambos significados, el de lo uno y lo otro, vale decir el del ‘No’ y el ‘Sí’, dan cuenta de que cada uno tiene su propia autonomía. Ambos son unívocos. Así se logra la superación completa de la bivocidad. Pues cada uno de los significados

⁸ Aquí se alude a la traducción directa del alemán de José Luis Etcheverry.

se encuentra independiente del otro, pero no por fuera de la unidad de la consciencia. Dicho de otro modo, el contenido de una palabra se diferencia del contenido de la otra, pero la forma de ambas constituye un mismo par antitético, una pareja conceptual. Así, pues, se dice que dentro de la unidad de la consciencia los opuestos no se excluyen, ya que la mera existencia de uno no excluye la del otro. Esto significa que la unidad es la que media la reciprocidad entre los contenidos de los opuestos y el contenido propio. Para este caso, Hegel aporta: “cada extremo es para el otro el término medio a través del cual es mediado y unido consigo mismo, y cada uno de ellos es para sí y para el otro una esencia inmediata que es para sí, pero que, al mismo tiempo, sólo es para sí a través de esta mediación. Se *reconocen* como *reconociéndose mutuamente*” (Hegel, 1993: p. 115). Ahora bien, esta mediación es cualitativa y, por tanto, revela que en el momento del reconocimiento mutuo se compara lo uno con lo otro. Ambos: lo uno y lo otro, sólo se independizan no porque uno sea más que el otro, sino porque uno reúne las cualidades necesarias para diferenciarse del otro. Y viceversa: el momento de uno es necesario para ser el complemento cualitativo de su opuesto. De hecho, la experiencia de la consciencia descriptiva enseña que si se habla de una separación radical entre lo uno y lo otro, el ‘No’ y el ‘Sí’, es en tanto apariencia, puesto que ambos momentos: lo uno y lo otro, al igual que todos los conceptos, “[...] se encuentran mediados entre sí de manera que el concepto de uno exige y postula el del otro para poder tener sentido en sí mismo” (Adorno, 1977: p. 122).

Así, como la unidad propia del lenguaje está representada por el concepto, la palabra se formula como una unidad propia de aquél (el lenguaje). El concepto (idea del objeto) y la palabra se asemejan, ya que tienen la labor de asociar, como Freud dice, “[...] elementos de origen visual, acústico, cinestésico” (1891/1973: p. 90). Esto es, el concepto (idea del objeto) y la palabra se encargan de relacionar, ajustar y ensamblar los elementos de las impresiones visuales, sonoras y cinestésicas dentro de la unidad de la consciencia. En efecto, el concepto (idea del objeto) y la palabra cobran un significado cuando uno se remite a su ser otro, cuando uno se relaciona con el otro. Pues “[...] la palabra adquiere su significado mediante su asociación con la *idea (concepto) del objeto* [...]” (Freud, 1891/1973: p. 90). Así, pues, el concepto (idea del objeto) y la palabra no se excluyen mutuamente, sino que están referidos entre sí dentro de la unidad reconciliadora propia del lenguaje.

Ahora bien, el lenguaje nombra a través de la palabra. La tarea de nombrar lo mudo es el obrar del sujeto con su lenguaje. Ahí se presenta el trabajo cinestésico de la palabra, cuya función radica en trasladar una imagen sonora a lo mudo de la realidad psíquica del sujeto. Así se asocia el elemento acústico con lo que otrora estuvo mudo. Este obrar se da en la mediatez de la consciencia. En esta mediatez es donde surge y se expresa la palabra. El sujeto se comunica por medio de la misma. La palabra es la imagen lingüística de la realidad de las cosas del mundo. Lo comunicable de las cosas es su ser lingüístico: su representación. La palabra trata de imitar la realidad interior y exterior del sujeto. Así se establece la relación aparente entre el mundo de las cosas percibidas y la palabra. Sin embargo, a la palabra le es difícil aprehender fielmente la totalidad del contenido de la experiencia sensible del mundo. La palabra sólo se queda con la mera forma de las cosas, las cuales se resuelven por la vía de las imágenes. Por ello, se dice que a la palabra sólo le queda imitar y metaforizar el mundo de las cosas a partir de las imágenes lingüísticas. Esto es, todo lo que la palabra expresa se encuentra en la dimensión de lo aparente, “[...] cuyas *propiedades* nos son transmitidas por nuestros sentidos [...]” (Freud, 1891/1973: p. 90).

La palabra, como órgano y representante del lenguaje, se encarga de fragmentar, escindir y otorgarle un cuerpo al sujeto. Todo esto, además de mostrar que el sujeto es efecto del lenguaje, rectifica su fragilidad y su incapacidad, puesto que no se puede valer por sí mismo. Dentro de la incapacidad del sujeto está la de representar el mundo como imagen, esto es, como Heidegger manifiesta: “[...] el mundo comprendido como imagen” (Heidegger, 1960: p. 79). Un mundo, como Freud enuncia, lleno de “[...] imágenes lingüísticas *vagantes*” (1901e/2001: p. 61). Así, pues, como Nietzsche señala, “mantenemos una relación superficial respecto de todo ser verdadero, hablamos el lenguaje del símbolo, de la imagen” (2000: p. 33).

Pues bien, la palabra demuestra que lo que se nombra tiene vínculo con lo percibido por los órganos sensitivos, los cuales permiten aprehender de las cosas del mundo su mera forma, su apariencia. Ésta es símbolo de lo comprensible universalmente, a saber, la imagen. El lenguaje es símbolo de lo que aparece en el mundo. Por tanto, el lenguaje no podrá ingresar en la esencia de las cosas, ya que ambos están en niveles diferentes. Al lenguaje sólo le resta interpretar el mundo a través de la imagen lingüística. Aquí se halla lo propio del lenguaje: la realidad interior y exterior es comprendida a partir de las meras imágenes, de las meras representaciones. “Por lo

tanto, originalmente ya la existencia misma de la representación es una carta de ciudadanía que acredita la realidad de lo representado” (Freud, 1925h/1979: p. 255).

Referencias bibliográficas

- Adorno, T.W.** (1977). *Terminología filosófica* (Vol. II). (R. Sánchez Ortiz de Urbina, Trad.). Madrid, España: Taurus. (Trabajo original publicado en 1973).
- Bloch, E.** (1983). “La fenomenología del espíritu”. (W. Roces, Trad.). *Sujeto-Objeto. El pensamiento de Hegel* (pp. 59 – 103). México D. F., México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1962).
- Freud, S.** (1972). “Los dos principios del funcionamiento mental”. (L.L. Ballesteros, Trad.). *Obras completas* (Vol. V, pp. 1638 – 1642). Madrid, España: Biblioteca Nueva (Trabajo original publicado en 1911b).
- _, (1972). “Animismo, magia y omnipotencia de las ideas”. (L.L. Ballesteros, Trad.). *Obras completas* (Vol. V, pp. 1794 – 1810). Madrid, España: Biblioteca Nueva (Trabajo original publicado en 1913).
- _, (1973). Capítulo VI. (R. Alcalde, Trad.). *La afasia* (pp. 81 – 112). Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión (Trabajo original publicado en 1891).
- _, (1979). “Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas”. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XI, pp. 143 – 153). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1910e).
- _, (1979). “La negación”. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XIX, pp. 249 – 257). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1925h).
- _, (1998). “Justificación del concepto de lo inconsciente” & “El discernimiento de lo inconsciente”. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XIV, pp. 163 – 167, pp. 193 – 201). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1915e).
- _, (2000). “El cuadro clínico”. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. VII, pp. 15 – 56). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1905e).

- _, (2001). "El trastrabarse". En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trad.). *Obras completas* (Vol. VI, pp. 57 – 106). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1901b).
- Hegel**, G.W.F. (1993). "La verdad de la certeza de sí mismo". (W. Roces, Trad.). *Fenomenología del Espíritu* (pp. 107 – 139). Bogotá, Colombia: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1807).
- Heidegger**, M. (1960). "La época de la imagen del mundo". (J. Rovira Armengol, Trad.). *Sendas perdidas* (pp. 67 – 98). Buenos Aires, Argentina: Editorial Losada. (Trabajo original publicado en 1938).
- _, (2008). "Las lecciones en el semestre de invierno de 1951-1952". (R. Gabás Pallás, Trad.). *¿Qué significa pensar?* (pp. 13 – 74). Madrid, España: Trotta. (Trabajo original publicado en 1951).
- Kant**, I. (1998). "Prólogo de la segunda edición" & "La estética trascendental". (P. Ribas, Trad.). *Crítica de la razón pura* (15ta Ed.). Madrid, España: Alfaguara, (Trabajo original publicado en 1781-1787).
- Lacan**, J. (2003). "Das Ding (II)" & "El objeto y la cosa". En D.S. Rabinovich y J.A. Miller (Eds.) y D.S. Rabinovich (Trad.). *El Seminario* (Libro 7, pp. 73 – 88, pp. 125 – 142). Buenos Aires, Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1964).
- Nietzsche**, F. (2000). "El último filósofo. El filosófico. Consideraciones sobre el conflicto del arte y del conocimiento" e "Introducción teórica sobre la verdad y la mentira en el sentido extramoral". *El libro del filósofo* (pp. 15 – 76, pp. 85 – 108). Madrid, España: Taurus.